

CRONOLOGIA

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

TOQUE DE ATENCIÓN DE KISSINGER

Por los medios informativos nacionales pasó sin pena ni gloria la noticia de que, bajo la presidencia del ministro belga de Asuntos Exteriores, señor Simonet, y Henry Kissinger se habían reunido en Bruselas, del 1 al 3 de septiembre, estrategas, parlamentarios, diplomáticos, economistas, representantes de las Fuerzas Armadas, entre ellos el general Haig, y otros interesados en la seguridad europea. En cambio, ante ella hicieron alto diversos comentaristas de otros países de la Europa occidental, singularmente en razón de que lo dicho en esa reunión por el ex secretario de Estado Kissinger provocaba no sólo interés, sino escalofrío. No era para menos cuando la superioridad de las fuerzas del Pacto de Varsovia con relación a las de la OTAN es hecho que adquiere categoría de tópico. Huelga consignar cifras y datos concretos o mencionar una capacidad bélica que incrementa la circunstancia de que las fuerzas del Pacto de Varsovia están totalmente integradas y tienen establecida su eventual base operativa en el triángulo Varsovia-Berlín-Praga; en suma, a las puertas de la Europa occidental. Mientras, las fuerzas de la OTAN no sólo distan de la integración, sino que no han logrado todavía disponer de armamento unificado. De ahí que ya en 1976 el entonces jefe supremo de las fuerzas aliadas en Europa, general Haig, pudiera decir: «Los occidentales son vulnerables. Los soviéticos podrían maniobrar en el Rin en cuarenta y ocho horas.» Aserto confirmado por el Ministerio francés de los Ejércitos, según el cual «los soviéticos podrían situarse en el Rin en dos días».

Evidentemente, conocedores los reunidos de aquellas realidades y sombrías perspectivas, se impone que las palabras de Kissinger no pudieran coger a nadie de sorpresa, por más que han surtido efecto

de jarro de agua helada en comentaristas atentos a la reunión de Bruselas, acaso por haber prestado oídos a las seguridades que les dio Zbigniew Brzezinski con motivo de su gira por Europa en octubre de 1978, durante las negociaciones SALT 2.

Partiendo de la base de que la URSS ha logrado, cuando menos, igualdad militar, convencional y nuclear con Occidente merced a dedicar el 13 por 100 de su PNB a gastos militares, una vez al margen de la Administración norteamericana, Kissinger pudo explayarse advirtiendo a los aliados europeos que no debían «multiplicar las demandas (a los Estados Unidos) de seguridades estratégicas que sinceramente no pueden darles, porque de ponerlas a ejecución correríamos el riesgo de destruir la civilización», entendiéndose la norteamericana, que, dicho sea de paso, está «santuarizada», como la URSS, mediante los acuerdos SALT. Tales acuerdos afectan a Europa por convertirla en teatro de operaciones eventual—el «teatro» a secas—debido al emplazamiento en su suelo de armas nucleares soviéticas de alcance medio, como los famosos SS20, susceptibles de triturarla, en tanto que quedan cortos para alcanzar el territorio de los Estados Unidos.

Rizando el rizo, Kissinger admitió que no hubiera hecho semejantes advertencias de seguir formando parte de la Administración de su país. Su cargo le hubiera vedado sacar a relucir que a la inferioridad de toda índole de la OTAN había que añadir la inferioridad estratégica derivada de la mutua «santuarización» de los Estados Unidos y la URSS, acordada mediante la limitación de armamento estratégico contemplada en SALT 2, que, en cambio, deja a los soviéticos campo libre en el ámbito de los misiles de alcance medio, o sea, los que pudieran afectar a la Europa occidental. Desde luego, motivos dio Kissinger para que se estremecieran los reunidos en Bruselas al verse privados de la posibilidad de contar con el «paraguas» norteamericano en caso de tormenta. Pero de no padecer amnesia o imperdonable despiste, nada de cuanto dijo constituía una novedad.

Hace ya años, muchos años, que la «réplica masiva» con la que los Estados Unidos amedrentaban o disuadían a la URSS con relación a la Europa occidental se ha reconsiderado en serio: tan pronto como la URSS entró en posesión de la bomba atómica, o sea, antes de que dispusiera de proyectiles de largo alcance. Sucesivas doctrinas estratégicas formuladas por McNamara desembocaron en la «réplica flexible», que solapadamente implicaba el principio del no automatismo del compromiso nuclear norteamericano, en tanto que la

URSS no cesaba de incrementar su capacidad nuclear, al extremo de situarse en condiciones de infligir destrucciones insufribles a los Estados Unidos en caso de conflicto armado. Tan era así, incluso a principios de la década de los sesenta, que con motivo del viaje a París del presidente Kennedy, en 1961, el general De Gaulle le planteó la cuestión de confianza: la inequívoca intervención norteamericana de producirse una agresión. Kennedy afirmó entonces que «un ataque dirigido contra Europa es automáticamente dirigido contra los Estados Unidos». Otro tanto había dicho durante su visita a Berlín Oeste. No obstante, meses después, enmendó su tajante afirmación con la restricción de que «la defensa de Europa exigía un tiempo de reflexión» y «la facultad de elección de los medios». La noción de automatismo quedaba eliminada del horizonte defensivo europeo de momento que el territorio de los Estados Unidos era vulnerable.

En suma, lo dicho por Kissinger en Bruselas no pasa de ser confirmación de sospechas, temores y recelos que tienen singular incidencia en la perseguida política de *détente*, que, para los países de la Alianza se fundamenta en la posibilidad —o la ilusión— de ampliar al ámbito de las relaciones internacionales el principio democrático de respeto a la diversidad de opiniones, mientras que para la URSS, conforme con su filosofía, no pasa de ser la formulación no bélica y sustentada en motivos coyunturales de un antagonismo fundamental.

Por lo demás, cabe tomar en cuenta que la reserva de los Estados Unidos ante la posibilidad de meterse de hoz y de coz en la empresa de defender a una Europa occidental agredida, se remonta nada menos que a la época de la puesta en marcha del Tratado del Atlántico Norte, luego, de la OTAN, «expresión concreta del único vínculo existente entre la Europa occidental y los Estados Unidos en materia de política y seguridad». No es casualidad que en el artículo 5.º de ese Tratado figure la cláusula restrictiva: «... la acción que juzguen necesaria, incluso el empleo de la fuerza armada, para establecer y mantener la seguridad en la región del Atlántico Norte». Tal restricción era y es válida para todos los signatarios del Tratado, desde luego, pero también para los Estados Unidos, supremo garante de la seguridad de la Europa occidental en caso de agresión.

LA REINSTITUCIÓN DE LA REPÚBLICA CENTROAFRICANA

«Más vale caer en gracia que ser gracioso.» El popular y sagaz refrán se impuso a la memoria al producirse el 21 de septiembre el golpe de Estado que el Gobierno francés venía preparando desde hace algún tiempo, aunque con asombrosa demora, para derrocar al comprometido y comprometedor Jean Bedel Bokassa, autoproclamado «emperador» de uno de los países de más bajo nivel de vida del continente africano. La versión oficial puesta en circulación con celeridad fue que el golpe de Estado era obra de David Dacko. Casualmente éste residía en París, donde se había trasladado con anterioridad a la visita que juristas africanos, comisionados por la OUA, efectuaron a Centroáfrica para investigar la matanza de un centenar de niños por orden de Bokassa. Para justificar la inmediata presencia de fuerzas francesas en Bangui, se dijo que David Dacko las había solicitado para garantizar vidas y haciendas de los franceses afincados en el país. Era, pues, una reiteración de la intervención humanitaria de los franceses en Kolwezi. Pero he aquí que el irresponsable charlatán que parece ser David Dacko declaró a los periodistas que se había trasladado de París a Bangui en avión militar en compañía de los paracaidistas. Se venía abajo la versión oficial, quedando claro que el golpe de Estado amañado por el Gobierno francés se había llevado a cabo aprovechando el viaje a Trípoli de Bokassa. Con todo, la evidente intervención de Francia en asuntos internos de otro país no ha provocado denuncias ni protestas. Que se sepa, ni siquiera la OUA ha rechazado. Tan sólo en el ámbito francés, la izquierda se manifestó indignada, no por el derrocamiento del criminal y corrupto Bokassa, sino porque el Gobierno, durante años y años, había tolerado las barrabasadas del tirano, ello por motivos nada claros y que difícilmente se aclararán. Pero, ya se sabe, «más vale caer en gracia...». De ahí que en ocasiones Francia haga mangas y capirotos a su conveniencia, o lo que estima ser su conveniencia dada en el caso de Centroáfrica la importancia estratégica que para ella tiene ese país, además rico en uranio y diamantes.

Pero más allá de los efectos negativos que puede tener una intervención sin tapujos en los asuntos africanos, que, en definitiva, avala las intervenciones cubanas, está el hecho de que la instalación de Dacko en el poder tiene algo de parche, por llevarse a cabo con algún descuido de la realidad africana, que sigue siendo tribal por mucho golpe de democracia a lo occidental que se dé a los regímenes de

algunos países africanos. Y el caso es que en Centroáfrica conviven o coexisten algo así como medio centenar de etnias minoritarias y dos mayoritarias: los M'Bakas, bantúes de la selva, y los Saras, de la estepa. En tiempos coloniales, los M'Bakas nutrieron las filas del ejército francés. Al sonar la hora de la independencia, tal circunstancia facilitó el acceso al poder de los elementos de esa tribu. M'Baka fue el primer presidente de la República Centroafricana, el ex sacerdote Boganda, muerto en accidente en 1959, así como su sobrino y sucesor David Dacko, derrocado por su primo Bokassa en 1965, lo que no fue obstáculo para que en 1976 Dacko aceptara gustoso ser «consejero personal» de S. M. Bokassa I. Por tanto, de una parte, el nuevo presidente de la reinstaurada República no podía por menos que estar enterado de las salvajadas de su imperial pariente y, de otra, que los Saras siguen excluidos del gobierno centroafricano, precisamente cuando creían llegada la oportunidad de hacerse con un poder desprestigiado por los M'Bakas.

En cuanto a personalidades defraudadas, cabe mencionar a Abel Gumba, nacionalista convencido y destacadamente honesto en medio de la corrupción, que fue primer ministro antes de proclamarse la independencia. ¿Quedó eliminado por sospechar que tiene contactos con Moscú? Ruidoso defraudado es Angel Patassé, protegido de Libia, que fue primer ministro de Bokassa, luego cómplice, durante unos trece años. Se encontraba en Trípoli cuando Bokassa fue a ofrecer al presidente Gaddafi una base militar para enviar refuerzos al chadiano teniente coronel Kamugue, por supuesto a cambio de petrodólares destinados a compensar la ayuda que Francia había retirado. La lista quedaría incompleta de no incluir a Henri Mardú y a Adolfo Idi Lala, líder del Frente Patriótico ubanguí (en tiempos coloniales Centroáfrica se llamaba Ubanguí-Chari). Creado en 1972, el FPU dice tener simpatizantes en la Administración, el cuerpo docente y hasta en el Ejército. Su jefe, exiliado en Brazzaville, parece contar con el apoyo del presidente del Congo, Marien Nguabi, y disponer de comandos entrenados en ese país. Idi Lala afirma contar con el apoyo del citado Abel Gumba, médico de la OMS. No cabe duda de que no faltan candidatos a la sustitución de Dacko y, por consiguiente, dispuestos a minarle el resbaladizo terreno. Es decir, que la solución Dacko adoptada por Francia no garantiza la solución del problema centroafricano.

Por lo pronto, ya se han producido en Bangui manifestaciones de protesta y repulsa por la presencia de fuerzas francesas en las que

M'Bakas y Saras, unidos, gritaron: «Aunque no gobiernan los mismos perros, gobiernan sus cachorros.» Tal pudo oírse en una emisión televisada que recogía imágenes de una manifestación. Por supuesto, no hay que darle categoría de levantamiento nacional—o tribal— a esos disturbios callejeros. Pero por algo se empieza en ocasiones. Por ahora, las tropas francesas garantizan el orden en Bangui, parece ser que con prudencia y moderación, si bien es dudoso que estén en condiciones de controlar todo el país, donde el descontento popular puede incitar a Libia o el Congo a azuzar. En tal caso, las atrocidades cometidas por Bokassa pueden no pasar al archivo de tropezar David Dacko con resistencias o intentos de nuevo golpe de Estado. Semejantes eventualidades fundamentan el propósito del Gobierno francés de incrementar sus fuerzas en Centroáfrica, medida que recordaría las adoptadas por el Chad, donde Francia se empeñó en mantener a Tombalbaye en el poder.

En todo caso, queda por ver si el resultado de la operación «Barracuda» no perjudica la confianza que otros dirigentes de países africanos francófonos tienen en el Gobierno del presidente Giscard d'Estaing, dado el trato infligido a Bokassa una vez derrocado y a quien, en 1975, el mismo presidente Giscard d'Estaing llamaba su «querido pariente» y defendía a capa y espada hace apenas un año. ¿Pueden gobernantes responsables ignorar las atrocidades que se cometen en un país plagado de «cooperantes» franceses cuando eran un secreto a voces? François Mitterrand ha pedido a voz en cuello que dimitieran «los ministros directamente implicados en los acontecimientos de Centroáfrica». No ha dimitido ningún ministro.

LA PROPUESTA DE BREZNEV

Junto con los jefes de Estado de los países del Este—con excepción de Ceaucescu—, Leonid Breznev se trasladó a Berlín Este a primeros de octubre para asistir a los actos conmemorativos del XXX aniversario de la República Democrática Alemana. Como podía preverse, la acogida dispensada a Leonid Breznev fue apoteósica y ocasión de añadir a sus innumerables condecoraciones la de «Héroe de la República Democrática». En realidad, nada de lo acontecido durante la estancia de Breznev en la República Democrática hubiera merecido particular atención a no ser que en el discurso pronunciado el 6 de octubre anunció que en el plazo de un año la URSS retiraría de la Alemania oriental 20.000 soldados y 1.000 tanques; además, esta-

ría dispuesta a reducir el número de misiles nucleares de alcance medio emplazados en las regiones occidentales del territorio soviético, si la OTAN desistía de aumentar su coherencia de alcance medio en Europa occidental. La Comisión para el Desarme de la Internacional Socialista (partidos socialistas y socialdemócratas), presente en Moscú días antes, había tenido noticia de las intenciones soviéticas y del deseo de Breznev de que hiciera campaña contra la renovación de los misiles de la OTAN, como la había hecho contra la bomba de neutrones. «Sería jugar peligrosamente con fuego aceptar el emplazamiento de esos misiles norteamericanos», dijo Breznev aludiendo a los «Pershing-2» y «Crucero», con los que se trata de neutralizar los SS-20 soviéticos.

Aunque bien conocida la oposición soviética a las medidas precautorias que los comités militares atlánticos consideraron muy en serio a mediados de septiembre, no careció de habilidad la «concesión» formulada por Breznev. Ha impresionado, en particular a Bonn, al tiempo que apunta a preparar una ofensiva de paz, a despecho de que la precediera el gigantesco desfile militar de Berlín Este, asombrosa demostración de capacidad bélica.

Otros objetivos perseguía Leonid Breznev con su ofrecimiento que, dijo, contaba con el acuerdo de la RDA y demás países del Pacto de Varsovia. De una parte, darle un empujón a la ratificación de SALT 2, que avanza a paso de tortuga, y restar justificación defensiva al emplazamiento en territorio de la Europa occidental de los misiles que la OTAN considera indispensables, habida cuenta de que los SS-20 amenazan precisamente ese territorio. Es más, liberal en el sentido de generoso, Leonid Breznev llegó a declarar la buena disposición de la URSS para reducir el número de misiles soviéticos de alcance medio, caso de que «los países de la Europa del Oeste no incrementen el número de misiles del mismo tipo». No precisó si la eventual reducción de misiles nucleares afectaría a los SS-20, pero cabe suponer que, aun retirándolos, los SS-4 y SS-5, pese a ser modelos superados por los adelantos de la técnica bélica, no menguaría sensiblemente la capacidad militar claramente superior de la URSS.

Finalmente, y no es éste el menor resultado perseguido por Breznev con su discurso, sembró dudas, perplejidad, esperanzas y diversidad de criterios en las huestes atlánticas. Así, el canciller Schmidt vio en la propuesta «un síntoma de futuros progresos» en el camino de la distensión. Ciertamente es que antes hubo de ver la amenaza que para la Alemania Federal entrañaba la advertencia de Breznev, se-

gún la cual «los países socialistas no se quedarían cruzados de brazos frente a las actividades militaristas de la OTAN». A su vez, Washington ha reaccionado con mesura, opinando que en la propuesta soviética «hay elementos positivos», mientras que Brzezinski, sin comprometerse, estimó la «necesidad de un mayor estudio». Por su parte, el presidente Giscard d'Estaing ha acogido favorablemente la propuesta, aunque Francia no tenga vela en ese entierro por no formar parte de la OTAN. Únicamente el secretario de Estado norteamericano, Cyrus Vance, la primer ministro Margaret Thatcher y los Comités militares de la OTAN parecen mantenerse impertérritos en el propósito de renovar la coherencia emplazada en la Europa occidental.

En definitiva, sería necedad minimizar, aunque sólo fuera el efecto propagandístico inicial conseguido por Breznev. Cabe sumarlo al incuestionable éxito de Moscú al lograr que el presidente Carter suspendiera la fabricación del bombardero estratégico B-1 —que dicho sea de paso no precisa la seguridad de los Estados Unidos— e impidiera que siguieran adelante con la bomba de neutrones. Son antecedentes que no impulsan al Kremlin a desistir de que renuncien a renovar las armas de alcance medio de la OTAN. Por ahora, para hacer frente a los SS-20, cuyas cabezas múltiples e independientes permiten destruir objetivos diversos de vital importancia en todos los países de la Europa occidental, la OTAN sólo dispone de armas nucleares que no neutralizan —o disuaden— aquellos misiles que aseguran la superioridad del Este en el llamado «teatro». En cuanto a la superioridad convencional, las cifras ponen de manifiesto la deprimente inferioridad de las fuerzas atlánticas.

A aquella superioridad la URSS no renunciará, siquiera sea en aras de la igualdad, por muchas propuestas conciliadoras que haga. Ha hecho la de retirar 20.000 soldados y 1.000 tanques por estar segura de que, aun si los retira, no se alteraría el desequilibrio militar existente y seguiría gozando de una clara superioridad, convencional y nuclear, lo cual dista de reflejar incuestionables intenciones de paz. Tal confirman los términos empleados por la habitualmente tardía agencia Tass, al pedir a los países atlánticos una inmediata respuesta. La premura tenía visos de ultimátum. Lo sugiere el hecho de que a finales de octubre, en duro artículo publicado en *Pravda*, el ministro de Defensa, Dimitri Ustinov, arremetió contra la OTAN por haber dado la callada por respuesta al ofrecimiento de Breznev, a la par que amenazaba con dificultades para negociar SALT 3, alteraciones en la balanza estratégica mundial y deterioro de las relaciones entre Moscú y Washington.

En suma, con su propuesta, Breznev coloca a la Europa occidental ante la disyuntiva de provocar las iras de la URSS o la de conformarse con permanecer en condiciones de eventual «finlandización», que no implica forzosamente acciones bélicas. Puede plantearse en términos políticos, económicos o de subversión, dado en particular que la subversión se ha convertido en elemento de la política exterior merced a la sacralización de la ideología.

LA URRS, LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA DEL YEMEN Y SUS ALEDAÑOS

Dando un mentís rotundo a los rumores de su grave enfermedad y acaso defunción, el 24 de octubre Leonid Breznev estaba en el aeropuerto de Moscú, junto con Andrei Gromyko, ministro de Asuntos Exteriores, y Dimitri Ustinov, ministro de Defensa, para recibir al presidente del Consejo presidencial de la República Democrática del Yemen o Yemen del Sur, Abdel Fattah Ismael, que se trasladaba a Moscú en «visita oficial de amistad». Por tanto, la muy subrayada desaparición de Leonid Breznev durante la visita del presidente de Siria, Hafed El-Assad, no puede achacarse a motivos de salud. La auténtica razón pertenece al secreto del sumario.

Aunque hubiera tenido que hacer un gran esfuerzo para recibir con todos los honores a su visitante yemení, Leonid Breznev no hubiera vacilado. Yemen del Sur es peón de tanta importancia en el tablero internacional, que no cabía escatimar sacrificio, sobre todo llegada la hora de cosechar lo sembrado por Alexei Kosyguin durante su gira del pasado septiembre por Etiopía y aquel país, puntos clave para un dominio indiscutible de los accesos al mar Rojo, paso obligado de los petroleros que transitan por el canal de Suez.

Circunstancia que da pábulo a la sospecha y temor de un plan soviético de cerco de Europa occidental no sólo a través del Mediterráneo y Africa, sino de los confines euro-asiáticos, en su implantación en Etiopía y Yemen del Sur, reforzada en lo que a Yemen del Sur respecta por el tratado de amistad y cooperación firmado en Moscú el 26 de octubre. Tiende a aumentar el riesgo de que se puedan cortar o cegar las fuentes de abastecimiento de un petróleo del que depende la supervivencia del mundo occidental. Reducida a su mínima expresión la producción de Irán, antes máximo exportador de crudo, en cierto modo Arabia Saudita ha tomado el relevo y ha incrementado su producción, que en 1978 alcanzó 4.100 millones de toneladas. De

suerte que Arabia Saudita es actualmente pilar fundamental del edificio económico occidental. Pero su fortaleza interna no se corresponde acaso con el papel que le asigna su riqueza petrolífera. Dispone de un exiguo ejército de 60.000 hombres, muy bien equipado, eso sí, pero en ese país pululan residentes no nativos, en su mayoría árabes, entre los que no faltan elementos más o menos radicalizados que pueden hacer una labor de zapa escasamente entorpecida por las estructuras semif feudales de la sociedad, las desigualdades de nivel de vida y la corrupción. A estas debilidades internas únese el inconveniente de que Arabia Saudita tiene pegado en su frontera sur una República Democrática del Yemen, único país árabe y musulmán que se declara marxista: demostración práctica de que el Islam no es infranqueable barrera para el marxismo, como se ha creído. De ahí que no ha sido preciso el reciente estrechamiento de lazos entre Moscú y Aden para que en el territorio estuvieran presentes unos 2.000 consejeros soviéticos y alrededor de 3 a 4.000 conmlitones cubanos, según se ha estimado. Sean o no exactas estas cifras, el tratado firmado en Moscú prevé que se aumente el número de «consejeros» soviéticos. Es de suponer que su misión no será exclusivamente elevar el nivel de vida o de cultura de ese semidesértico país de dos millones de habitantes y que sólo es importante por su situación geográfica. Tal situación, aparte del control del estrecho de Bab el Mandab, le permite ser base operativa de primer orden e influir en Arabia Saudita, cuyo territorio ha sido hostigado, no hace mucho, partiendo de Yemen del Sur, aunque Riad lo haya negado. Yemen del Norte, aliado de Arabia Saudita y, por vía de consecuencia, nada esquinado con los Estados Unidos, comparte la misma suerte. A este respecto es de recordar el conflicto del pasado marzo entre los dos Yémenes y su asombroso proyecto de unificación. Ha quedado en tablas, tal vez entorpecido por la URSS, a la que no debía de favorecer de momento.

De otra parte, desde hace años, Yemen del Sur es santuario, base de aprovisionamiento y entrenamiento de la guerrilla del Dhofar, región fronteriza del Sultanato de Omán, a su vez fronterizo con Arabia Saudita y la Federación de Emiratos Arabes, ricos en petróleo. Además, ribereña del Pérsico, la Federación de Emiratos—y en parte Omán—controlan el estrecho de Ormuz, por donde transitan los 880 millones de toneladas de la exportación anual de crudo procedente de esa región. De integrarse el hostigado Sultanato de Omán en la órbita soviética, como lo han hecho Yemen del Sur y Etiopía, no sería tarea sobrehumana acoger a la débil, pese a su riqueza, Federación de Emiratos y aumentar la proyección sobre Arabia Saudita para

conseguir, cuando menos, que parte de sus exportaciones de petróleo se encaminen hacia el Este. El caso es que la eventualidad de que la guerrilla del Dhofar lleve al agua el gato de Omán, no puede descartarse sin más, singularmente una vez desaparecidas del Sultanato las fuerzas iraníes que la mantenían a raya. ¿Cabe imaginar zafarrancho de combate porque Omán, que no tiene ni gota de petróleo, se convierta en República Democrática?

Que estas reflexiones no son meras especulaciones catastróficas, lo evidencia el que no bien se derrumbó el castillo de naipes que era en definitiva el Irán del Shah, se apresuró a trasladarse a Riad el secretario de Defensa norteamericano, Mr. Brown. Se trataba de taponar rápidamente la brecha abierta en el flanco periférico de la defensa y supervivencia del mundo occidental. En la empresa, Arabia Saudita había de desempeñar relevante papel, por ser emporio de petróleo y, como dijo Harold Brown: «La protección del petróleo procedente del Medio Oriente es claramente parte de nuestros intereses vitales.» Añadió: «Para salvaguardar esos intereses emprenderemos toda acción apropiada, incluso el empleo de la fuerza militar.» Pero las barbas del Shah habían tornado cautos a los saudíes, que no estimaron procedentes nuevos compromisos con los Estados Unidos. Es más, parece ser que en Bagdad tomaron prudentes contactos con la URSS...

Como sea, lo declarado por Mr. Brown en el pasado marzo son palabras mayores, pero nada demuestra que han puesto coto a la paciente labor de termitas de los soviéticos, que, sin estridencias susceptibles de provocar situaciones de crisis aguda, no cesan de ganar terreno. Europa no es el único centro de tensiones y riesgos. La política de la URSS en los confines euro-asiáticos es de suma gravedad para el mundo occidental. Se deriva del hecho de que la URSS ha roto el muro de contención que le imponía su situación geográfica de potencia continental. Este acontecimiento, jamás registrado en la Historia, tiene incalculable alcance, dada la amplitud de los horizontes estratégicos y las ambiciones de la URSS.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

